

REINO DE CORDELIA

Una **antología de artículos**
donde **Ignacio Camacho**
despide a los personajes
más relevantes del siglo XX



Retratos para la eternidad

OBITUARIOS PERIODÍSTICOS

Ignacio Camacho

Prólogo de José Luis Garcí

232 páginas

Precio sin IVA: 20,14 €

PVP: 20,95 €

IBIC: DNJ | Thema: DNP


ISBN:978-84-19124-84-5



9 788419 124845



  @reinodecordelia

 facebook.com/reinodecordelia

 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

www.reinodecordelia.es



REINO DE CORDELIA

El periodista Ignacio Camacho ha demostrado su músculo literario en los obituarios sobre personajes célebres. Con estos artículos ha obtenido premios de periodismo tan relevantes como el Julio Camba, el Miguel Delibes o el González-Ruano, lo que demuestra que este género encierra tanta enjundia como los demás, pero se conserva fresco y actual un período mayor, «como una especie de cuadro fijado en la pared del tiempo». **Retratos para la eternidad** recopila artículos publicados en *ABC*, que son testimonio de memoria cultural y sentimental, un rastro de los valores de una época. En algunos —sobre políticos y gobernantes— no falta la crítica, aunque se omiten juicios antipáticos sobre los muertos, en favor de modelos éticos o estéticos, sin renunciar a poner de manifiesto sus errores, culpas o defectos.

El autor

Ignacio Camacho López de Sagredo (Marchena, Sevilla, 1957) es periodista y licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla. Columnista diario en *ABC*, periódico que dirigió entre 2004 y 2005, participa como comentarista político habitual en diversos programas nacionales de radio y televisión. Ha sido subdirector en *El Mundo* y *Diario 16*, y ha trabajado asimismo en *El Correo de Andalucía* y *Nueva Andalucía*. Ha publicado más de diez mil artículos de opinión. Posee los premios de articulismo Mariano de Cavia, González-Ruano, Julio Camba, Romero Murube y Miguel Delibes, entre otros. Es autor de los libros *Cataluña, la herida de España*, *El huerto del asistente*, *La sierra Sur de Sevilla*, *Sevilla 24h*, *Memoria del paisaje* (coautor) y *Crónica de un sueño* (coautor). Ha sido profesor de Periodismo Cultural en la Universidad de Sevilla y es miembro del Consejo Asesor de Comunicación de la Universidad Europea de Madrid y académico numerario de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla.



REINO DE CORDELIA

Del prólogo de José Luis Garcí

«Muerto César», decía Jaime Campmany, «a mí los muertos se me dan como a nadie». Muerto Jaime, es Ignacio Camacho quien ha heredado el título. Jaime obtuvo el Cavia redactando una inolvidable necrológica de César González-Ruano. Me lo ha contado muchas veces Conchita Campmany. Entonces vivían en Roma. Jaime, después de cenar, le dijo a su mujer: «Prepara mucho café, que esta noche voy a ganar el Cavia». Años después, Camacho se hizo con el González-Ruano, y también con el Cavia.

Desde que Zorrilla leyó aquellas palabras —versos— tras la tempranísima muerte de Larra, en el Cementerio de Fuencarral, quedó inaugurado en el columnismo español moderno el fascinante género del Obituario. Lo malo de esta prestigiosa modalidad periodística, es que sus protagonistas nunca lo leen, salvo excepciones, siempre producto de la precipitación, de los errores que llegan a la Redacción, y porque la mayoría de esos párrafos se escriben con antelación.

Desde Larra y Zorrilla, el anillo de campeón, más brillante que el del Nibelungo o el de la NBA, ha ido pasando, primero, de mano en mano, luego de Underwoods en Underwoods y, finalmente, de ordenador en ordenador. Que yo recuerde ahora, se lo apropiaron genios como Camba, Pemán, César, Alcántara, Umbral, Raúl del Pozo... hasta Ignacio Camacho, el actual poseedor del cinturón.

Ignacio nos ha enseñado que el obituario que te pillas de improviso, con la guardia baja, no hay que pensarlo en exceso, ni recurrir a la memoria, ni menos aún al pasado, pero sí tienes, en cambio, que elegir unas pocas palabras que parezcan agua destilada, y, sobre todo, que en estas ocasiones tan especiales hay que construir el artículo con el corazón más que con el oficio. La maestría de Ignacio consigue que creas que sus elegías han sido escritas para la voz de Orson Welles, y también que tengan mucho que ver con John Ford y los *westerns*, con aquellas despedidas íntimas en los descampados junto a las carretas de la caravana.

Igual que ocurría con todos los grandes, la prosa de Camacho está bendecida por esa luz convaleciente de *El tercer hombre*, un fulgor que alumbra el texto por fuera y por dentro, exacto al fuego pálido que se desparrama en las Iglesias vacías las mañanas de otoño. Ni fuego fatuo ni fuego de San Telmo. Los muertos hay que iluminarlos, hay que escribirlos, como los boleros, con el alma sobre la mesa y ojos de recuerdo. Cuando terminas de leer los adioses de mi amigo Ignacio, no tienes ganas de hacer ningún comentario. Te montas en el caballo como Wayne y guías los carromatos hacia el horizonte misterioso.

Casi todas las necrológicas transmiten la impresión de que han sido escritas de madrugada y sientes que las oraciones buscan una conexión con el cuento gótico, Poe, Bécquer, Stoker... Las de Ignacio son todo lo contrario. Más que dar sus condolencias, Camacho hace una alegre visita al difunto, y comparte con él, no en el tanatorio sino en el *living*, un Jameson o un *dry martini*, y, ya en *off*, una charla animosa, nada fúnebre, que termina con un apretón de manos. De verdad, leerle tranquiliza hasta a los más aprensivos.

Lo que quiero decir es que este *Libro de los Muertos* que saca Jesús Egido en su Reino de Cordelia, que esta antología de textos *in-mortales*, bañada en el resplandor del Nilo, es un emocionante y muy útil regalo que nos ofrece Ignacio, algo así como ponerte a ver *La muerte de vacaciones*, la que dirigió Leisen en 1934. Devoción de la buena llamo yo a los pésames de mi amigo.

Naturalmente, termino de garabatear este pequeño preludeo la noche de Halloween, antes, cuando yo iba al colegio, la de Todos los Santos, el uno de noviembre, cuando se ponía el Tenorio, precisamente de Zorrilla, una obra maestra a la altura de las de Shakespeare, y donde, si os acordáis, la muerte tenía un precio.